

mienzo y una valoración general al final introducen y concluyen clarificatoriamente esta sistematización.

A continuación se estructuran y clasifican los argumentos teológicos y los puntos de controversia más importantes en las obras llamadas *Antimanichaica*. Ante todo los cristianos se opusieron a la doctrina de los dos principios y al dualismo cosmológico y antropológico derivado de ella. El punto más arduo de este enfrentamiento fue la resolución del problema del mal, ya que, si la respuesta maniquea contiene la contradicción de recurrir a la existencia de dos principios divinos (el del bien y el del mal, el espiritual y el material), la cristiana puede presentarse a la perspectiva maniquea también como algo contradictoria, ya que considerar el pecado original del hombre como la única causa del mal puede dar la impresión de que el único Dios pierda algo de su dominio y gobierno providente sobre el mundo al permitir la existencia del pecado. En cualquier caso, queda claro que al dualismo maniqueo los Padres griegos contrapusieron la doctrina del monoteísmo trinitario y que, al responder a la cuestión sobre el mal, los cristianos se interesaron ante todo por el tema de la salvación del hombre. En efecto, el maniqueísmo —según acertadamente señala Klein (pp. 226-228)— es una religión sin apenas esperanza de salvación: no se salva el hombre en cuanto tal, sino sólo lo que de divino ha quedado encarcelado en la materia.

Otro punto de ataque contra el maniqueísmo se circunscribió a la crítica de la tradición maniquea: la prehistoria del maniqueísmo, la familia y la persona de Mani, la organización de la «iglesia» por éste fundada, la historia de la misión desarrollada por sus discípulos y el ropaje mítico de la doctrina maniquea, en especial la reencarnación del alma aún no debidamente purificada.

Los *Antimanichaica* pueden considerarse sólo como parciales fuentes de información de

la doctrina maniquea, ya que los cristianos no están interesados en describir objetivamente las enseñanzas de sus adversarios, sino más bien en realizar una apología de su propia tradición: reconocimiento del Antiguo y del Nuevo Testamento como realizaciones del Dios único y bueno, la doctrina trinitaria, cristológica y soteriológica y la vida moral.

El trabajo de Klein resulta ciertamente útil no sólo para estudiosos de las religiones comparadas, sino también para especialistas de historia del dogma cristiano, por cuanto presenta de modo claro y ordenado la estructura de esta polémica en las fuentes cristianas de lengua griega. Sólo se echa en falta una mayor profundidad en el tratamiento de los argumentos teológicos; por ejemplo, cuestiones relativas a la exégesis bíblica apenas son tenidas en cuenta. Pero, en realidad, profundizar en esta serie de cuestiones teológico-exegéticas, tan importantes para comprender el alcance de esta polémica doctrinal, excede el objetivo descriptivo y enciclopédico de este estudio, de suyo bien elaborado y satisfactoriamente logrado.

A. Viciano

**João Batista LIBÂNIO, Alberto ANTONIAZZI,** *Vinte anos de teologia na América Latina e no Brasil*, Vozes, Petrópolis (RJ) 1994, 160 pp.

En mayo de 1992 la Comisión Episcopal brasileña para la Doctrina promovió un encuentro entre doce obispos y dieciocho teólogos para dialogar sobre la situación de la teología en el Brasil. Una de las ponencias fue confiada al sacerdote de origen italiano Dr. Alberto Antoniazzi (n. 1937), profesor del Departamento de Filosofía y Teología de la Universidad Católica de Belo Horizonte (MG). Posteriormente ha sido publicada aquella conferencia junto con un trabajo del Dr. João Batista Libânio (n. 1932), decano

de la Facultad de Teología del Centro de Estudios Superiores de la Compañía de Jesús, aparecido previamente en la revista «Perspectiva Teológica», aunque revisado y ampliado para esta nueva edición. El trabajo de Libânio va en primer lugar. La presentación del volumen es de Antoniazzi.

Comencemos nuestro comentario por el trabajo de Libânio. Conocido en España e Hispanoamérica por una audaz *Escatología cristiana* (São Paulo y Madrid 1985), redactada en colaboración con la teóloga María Clara L. Bingemer (Universidad Católica de Río de Janeiro), presenta ahora un cuadro general de la teología latinoamericana de los últimos veinte años, sobre todo brasileña, centrada en la teología de la liberación (TL). Su hipótesis de partida es que la TL, nacida hacia 1968, ha provocado «una confrontación con las teologías europeas tradicional y liberal» (p. 9). De esta forma «el panorama teológico de América Latina sólo se entiende, hoy en día, a partir de la TL. Todo otro movimiento se refiere a ella» (p. 10). Bajo tal supuesto, Libânio analiza, en primer lugar y, por cierto, de forma muy brillante, la trayectoria histórica de la TL, distinguiendo cinco períodos: gestación (1962-1968), génesis (1969-1971), crecimiento (1972-1979), consolidación (1979-1987) y revisión (desde 1989). En el primer período destaca la influencia del pedagogo Pablo Freire. En el segundo, al peruano Gustavo Gutiérrez. En el tercero, que fue un período polémico, en el que, según Libânio, el desarrollo de la TL fue turbado por algunos órganos del CELAM y por la revista colombiana «Tierra Nueva», hace memoria de los encuentros teológicos de México (1975), Detroit (1976) y Dar es Salaam (1976). En el cuarto período Libânio recuerda: las amonestaciones vaticanas a Gustavo Gutiérrez y a Leonardo Boff; las dos instrucciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe; la declaración de la Comisión Teológica Internacional; el comienzo, en 1985, de la colec-

ción titulada «Teología y Liberación», prevista en cincuenta volúmenes, de los cuales ya han sido publicados dieciocho; y el diccionario sobre conceptos fundamentales de la TL, titulado *Mysterium liberationis*, en dos volúmenes, aparecido finalmente en 1990 (Trotta, Madrid). El último período, o de revisión, se caracteriza por la reflexión sobre el derrumbamiento de los regímenes comunistas y, en especial, sobre la derrota electoral del sandinismo en Nicaragua. En esta etapa última, según el A., habrían crecido en la Iglesia dos movimientos antitéticos. Por una parte, las comunidades de base, en línea con la liberación; de otra, ciertos movimientos conservadores, sobre todo a nivel de organización eclesial.

Desde los presupuestos resumidos, Libânio prosigue su análisis, a veces polémico, reseñando primeramente el itinerario metodológico de la TL, con especial atención a la memoria doctoral de Clodovis Boff, leída en Louvain-la-Neuve en 1976; señala después la influencia de las ciencias sociales en la TL (sobre todo, el análisis marxista); y continúa con la parte más interesante de su trabajo, donde expone sistemáticamente las tesis principales de la TL (pp. 39-75). Estas páginas son acreedoras de atención por su lucidez y por el gran conocimiento que demuestra «desde dentro» de la TL. La parte última (pp. 75-94) está dedicada a las teologías que han criticado a la TL, calificadas casi todas ellas de «conservadoras»; aunque Libânio distingue entre conservadurismo tradicional y ultraconservadurismo, por un lado, y neoconservadurismo, por otro. Este último grupo abarca (¡sic!) la teología de la reconciliación, la teología carismática y el movimiento Comunión y Liberación. Unas páginas finales, tituladas «crítica independiente», ofrecen algunas reservas a la TL. El A. parece, aunque no de forma muy clara, alinearse con ellas.

Un tono menos polémico caracteriza el segundo trabajo, redactado, como ya se dijo, por Alberto Antoniazzi. Preferentemente

historiográfico y más teológico-positivo que el capítulo de Libânio, ofrece una amplia panorámica de las corrientes teológicas brasileñas desde los años 70. Articula esas tendencias en diez modelos, después recapitulados en un cuadro sinóptico muy útil, que se publica en la página 140. Toma en consideración cuatro tentativas de clasificar las corrientes teológicas brasileñas, formuladas, respectivamente, por Hubert Leparneur (1976), que le parece demasiado polémico; Juan Carlos Scannone (1983), que no tiene en cuenta las segunda generación liberacionista; Francisco Taborda (1987), que introduce la clasificación según modelos, que después adoptará Antoniazzi; y João Batista Libânio, cuya clasificación, que ya hemos comentado, ha sido publicada en este volumen. El A. toma en cuenta, además, cuatro criterios para clasificar a los teólogos en diez modelos. Esos cuatro criterios son: en primer lugar, la pretensión de cada teología (por ejemplo, interés preferentemente polémico, apologético, pastoral, etc.); la «mediación antropológica», es decir, su confrontación con el lenguaje de las ciencias, sobre todo de las ciencias sociales y la filosofía; los criterios hermenéuticos adoptados (verbigracia, repensar la tradición teológica en función de los pobres, inculturación del evangelio, vuelta a la patrística, etc.); y, finalmente, su orientación pastoral (oportunisto político, pastoral conservadora o innovadora, formación de presbíteros, etc.). Sobre tales coordenadas, es decir, los diez «modelos» y los cuatro «criterios», Antoniazzi clasifica las distintas obras teológicas y analiza la trayectoria de las principales revistas teológico-pastorales del Brasil. La tarea resulta muy iluminadora para el lector, que ve desfilar ante sus ojos los libros más importantes de los últimos años y agradece los comentarios sobre la orientación de las revistas de mayor solera, como, por ejemplo, «Revista Eclesiástica Brasileira», la edición carioca de «Communio», «Concilium», «Perspectiva Teo-

lógica» y otras. Un cuadro sinóptico (cronológico) final presenta en paralelo las principales obras teológicas citadas en el texto con los acontecimientos eclesiales más relevantes contemporáneos.

El capítulo dedicado a problemas abiertos, es decir, a un balance de los últimos años, con unas sugerencias bien concretas (concentración de profesores y coordinación de los programas de trabajo, dotación y mejora de las bibliotecas, incentivación de los estudios de postgrado, especialmente los de tercer ciclo...), resulta estimulante y parece válido para otras áreas teológicas. El tono sereno del análisis contribuye, así mismo, a la aceptación pacífica del diagnóstico.

Con todo, Antoniazzi no puede evitar sus preferencias por algunas corrientes teológicas y su desencanto o desagrado ante otras. Ahora bien, ¿eran evitables tales empatías? (Cualquier historiador, y más si lo es de la historia reciente, sabe qué difícil resulta tomar distancia de los acontecimientos y qué complicado es mantenerse neutral). Es más, ¿son deseables tales neutralidades? La valoración del historiador parece necesaria. Muchas veces, incluso, es exigida por el propio lector. Sin embargo, en el ámbito teológico la valoración resulta delicada, porque el juicio debe realizarse según criterios de autoridad, suministrados al historiador por instancias heterónomas. En otros términos: una teología se considera válida en mayor o menor medida según su sintonía con las Escrituras, con la gran tradición de la Iglesia y con las declaraciones del magisterio eclesiástico (obviamente, atendido el mayor o menor rango de tal magisterio). Por ello, el historiador de la teología no debería limitarse a juicios de valor meramente filosóficos, o sociológico-culturales, o según la novedad o modernidad de los modelos teológicos... Del historiador de la teología se espera también una orientación teológica.

J. I. Saranyana